

rado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la botija como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, *por si caso*.

Ninguno de los colonos se sentía con hígados suficientes para llevar a cabo una labor como la de José. "Es el hombre de fierro", decían; "ende que le entró *asaber qué*, se propuso hacer *pisto*. Ya tendrá una buena huaca" . . .

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía una "huaca". Lo que él buscaba sin desmayo era una botija, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, los mandaba descansar y se quedaba arando por ellos, y lo hacía bien; los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *cha-*

chadoc y profundos, que daban gusto.

Pasaron los años y la botija no aparecía. —¡Onde te metés, babosada!—pensaba el indio sin darse por vencido: —Y téi de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos!—

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dió cuenta de que ya no había botijas. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la manquera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, *volviendo a ver al indio embruecado, y resollando el viento escuro*.

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. *Dende que bía finado la Petrona, vivía ingrino en su rancho*. Una noche, haciendo *juerza de tripas*, salió sigiloso llevando, en un cántaro viejo, su *huaca*. Se agachaba detrás de los *matochos* cuando *óiba ruidos*, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quedaba a ratos rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—¡¡Vaya, pá que no se diga que ya nuai botijas en las aradas!! . . .

S a l a r r u é

San Salvador, El Salvador.

La golosina y el cielo...

(Viene de la página 232)

menudo, de los detalles que fascina, de viñetas que provocan la voluptuosa caricia de los ojos, en medio de cualquier folio abrumador poco menos que indescifrable.

Ese poeta soslaya, como otros muchos el texto "monumental", pero hace de él una encantadora edición de bolsillo . . . Prefiere ante todo saludar directamente a las cosas, no a sus reflejos retóricos; por eso, esta poesía—como toda la auténtica—es un intento de regreso a la infancia del mundo. Es la que pone nombres nuevos a las cosas.

Véanse los Microgramás: la nuez es llamada "sabiduría comprimida". O "diminuta tortuga vegetal". O "cerebro de duende, paralizado por la eternidad". El caracol es la "mínima cinta métrica con que mide el campo Dios" . . .

A otros muchos animalejos les señala nombres que asustarían a un zoólogo, pero complacerían a Jules Renard. Toda la tierra es para Carrera Andrade un mapa de juguete. O un peón que gira rítmicamente con la vehemencia prestada por el mejor zumbel poético. Zumbel de oro y de seda, travieso y delicado. Porque el verso se somete dócilmente a la voluntad del poeta que prefiere ritmos sencillos, goznes suavi-

zados. Precisamente por acusar una robusta personalidad poética, para nada procura hacer visible su auténtico vigor.

"Carrera Andrade— escribe Gabriela Mistral en el prólogo del libro,—un mozo indio, pero a lo indio magnífico, no aplastado por el gran cielo ni por la agachadura para coger la tortuga, un hombro de dos metros, que lleva su piel socarrada con cierta bella petulancia de quien muestra comercio solar y hábito de intemperie entre los pectorales y en la mano de escribir". Aliento de coloso, ingenuidad de niño. Mundo interior granado de preciosa imaginación, que sólo puede ser resultado de largas—y retozonas—contemplaciones. A veces concibe el poema como un tema plástico que no acaba de pintar por dejar escuetos los perfiles. Para gozarlo en geometría.

IV.—*Pero nos duele un poco ver resuelto en miniaturas poéticas lo que podía constituir un gran cuadro, ese gran cuadro que todos se empeñan hoy en desdeñar.*

*Los poetas de habla española no se deciden a contemplar el mundo en grandes masas. Está bien. Pero no lo está el renunciar a la gran construcción—*a Las So-

ledades, por ejemplo, o al Martín Fierro.— La poesía española contemporánea se nos está dispersando en una preciosa juguetería; es un bazar de pequeñas maravillas— cuando lo son—acaso insuficiente para justificar una etapa literaria.

Creemos que Jorge Carrera Andrade, con pocos más de aquí y allá, ha de salvarse del naufragio. Se apoya en las cosas en vez de apoyarse en la irradiación erudita de las cosas: así pueden sus poemas resistir toda la marea de banalidad, permanecer duros—como bloques—en espera de una más voluminosa arquitectura. Su clara percepción de la realidad circundante ha de completarse con un sentido "arquitectural" del arte que hará más valiosa cada piedra al incrustarla en su muesca oportuna.

B e n j a m í n J a r n é s

Port-Royal...

(Viene de la página 231)

tocado. Felizmente la oportunidad y el buen ánimo para leerlo se me juntaron, y me siento enriquecido en una migaja de saber que bien vale la pena de adquirir. Es de esos libros de los que razonablemente podemos decir que edifican. Se siente uno mejorado por haber vivido un rato con "Messieurs de Port-Royal". Los mejores entre ellos, no estaban, de seguro, lejos del Reino de los Cielos.

"No era el suyo, hay que decirlo, el cristianismo de esta primera época a cuyas postrimerías asistimos en Alejandría; en su compañía estamos entre teólogos, y la sombra del dogma ha empañado los divinos colores de la mañanita; pero, en su medio, va y vuelve, viene y va, un aire de tal frescor que bien se ve que no ha soplado sobre el mundo ordinario de los hombres, pues no acarrea átomo ninguno de mortalidad.

"Concebid una galería de respetables y patéticos retratos. Monsieur de Saint-Cyran, el del alma bien grande, con su visión de Cristo restaurado; Monsieur Le Maitre, quien, de la cima de una brillante carrera mundana, bajó, lejos del mundo, para consagrarse a la meditación y a la penitencia; Pascal, con su genio intelectual y con sus triunfos, con sus conflictos espirituales y su martirio de la carne; Lancelot, el bueno de Lancelot, maestro de escuela ideal, que escribía gramáticas y editaba a los clásicos; el vigoroso Arnauld, doctoral más bien que santo, pero sufridísimo por la fe que había en él; y los nombres pequeños—Walon de Beaupuis, Nicole, Hamon—espíritus de exquisitas humildad y dulzura. De la página en que se lee acerca de ellos brota una fragancia.

"A quien más amo de todos es a Monsieur de Tillemont. Envidiaría para mí la vida suya, envuelta en silencio y reposo, vida de tiernas devociones y de celoso estudio. Desde la edad de catorce años, su intelecto se había ocupado de sólo una cosa, la historia eclesiástica. Levantábase a las cuatro de la mañana, leía y escribía hasta